

ESCALA, REPRESENTACIÓN, ORIENTACIÓN¹

Néstor Borri*

nborri@wamani.apc.org, Blog: www.ciudadania.org.ar/mapas

✚ Significatividad, politicidad de las discusiones

Las discusiones sobre ejes como la sustentabilidad y la escala remiten a una problemática de segundo grado que, trascendiendo los tópicos particulares, plantea el desafío de explorar cuales son los ejes a través de los cuales los actores sociales (en este caso un conjunto de ONGS) puedan generar un conocimiento significativo para la acción y para dar sentido a los marcos de la acción.



Es una discusión sobre la cuestión del valor, la entidad y el peso significativo en términos políticos de las palabras, las discusiones y las categorías utilizadas en ellas.

No es casual ni inocente, en todo caso, comenzar una interrogación sobre la escala haciendo preguntas sobre el valor político de la palabra, y la cuestión del sentido, justamente en un momento donde la palabra, el conocimiento y la comunicación resultan uno de los aspectos mas fuertemente afectados por fenómenos de escala.

✚ La escala de la palabra en una reflexión sobre la acción de las OSC

De lo que se trata es de poder elaborar una mirada critica, auto reflexiva y, si se me permite el anacronismo, dialéctica, sobre los efectos de la escala en la acción y la politicidad de las prácticas.

En este marco, entiendo que reflexionar sobre la escala es reflexionar sobre el poder. No se puede reflexionar sobre la escala si no se reflexiona el poder. Simplemente por una cuestión epistemológica de principio, no se puede analizar si no se analiza el poder. Dentro del poder, es mi posición al respecto, la reflexión busca, interroga, eventualmente abre, intenta crear y asumir, la politicidad de las prácticas. En síntesis, si queremos hablar de escala de manera significativa, entiendo que debemos hablar de política.

¹ Versión abreviada de: "Escala, representación, orientación" N. Borri/2007. Paper.

* Secretario Ejecutivo del CENTRO NUEVA TIERRA. Coordinador del proyecto Escuelas de Ciudadanía. www.nuevatierra.org.ar/escuelasdecidadania /blog: www.ciudadania.org.ar/mapas

La pertinencia de las reflexiones

Hay una primera cuestión que es la pertinencia y especificidad del tipo de conversaciones que estamos llevando adelante sobre este tema ¿Dónde está la pertinencia de lo que se refiere a la escala y de lo que la escala implica?

Una gran masa de papers, especialistas, reflexiones, tecnologías y tecnocracias, consultores, eventos – en fin, todo un mercado- circula, con una base epistemológica por lo menos dudosa y un marco ideológico que amerita, por lo menos, alguna sospecha. O algunas preguntas.

Mucho ruido, pocas nueces. O, si se prefiere, muchos términos, muchas palabras esdrújulas, muchas “gestión” y... cada vez menos política. Y, cada vez, sin querer, más subsumisión y reproducción del poder hegemónico. Despolitización creciente y apuntalada: no se trata de sentirnos culpables de eso, pero tampoco podemos decir que seamos ajenos a la reproducción de estas prácticas y dinámicas.

La cuestión de las “jergas”. Abriendo la palabra y los mundos de lenguaje para hablar de escala

Hay cierta jerga, cierta manera discursiva, para hablar de ciertas cosas que en algún punto deja afuera o, eventualmente, puede dejar afuera, la capacidad del lenguaje y de la conversación de generar sentido, de sostener compromisos, de generar cambios efectivos. Una jerga que a veces se utiliza (que habría que ver quién la recorta, quién la arma, cómo se fue armando) que deja afuera la productividad y la capacidad de poesía del lenguaje, de convocar, de interpelar, de traer realmente lo nuevo, la transformación.

Dicho de otra manera, nuestros recortes temáticos por un lado y nuestra “jerga” constituyen de alguna manera un “corralito” que cerca, encierra, nuestras conversaciones.

Dicho al revés, y remitiendo a eso que algunos sociólogos han llamado “una sociología de las ausencias”, la invitación es a explorar ese cierto tipo de silencio sobre la conflictividad del mundo y la conflictividad de la historia en nuestras reflexiones sobre la temática de escala, y también en ese discurso que son nuestras acciones a escala.

De la política a la gestión

Podemos vislumbrar, al menos en un primer momento auto-crítico, un procedimiento general en las discusiones sobre escala, que tiende a remplazar la política por la gestión. ¿Y esto qué significaría?,

una fuerte idea implícita: la idea de que se puede eliminar el conflicto y el antagonismo y que se puede resolver gestionando. Lo tecnológico entonces, aparece como paradigma de la escala, proveyendo imágenes, herramientas y argumentos, y también mostrando y aportando dinámicas que actúan en sí mismas. Es el paradigma de cierto poder que logra que no se lo nombre como poder, sino como simple canal de gestión.

Identificación de escalamiento con gestión y de gestión con tecnología, y de tecnología con posibilidades de comunicación. Y “posibilidades de comunicación” remite a cierta mirada sobre lo que es la democracia, a cierta mitología de la posibilidad de un diálogo transparente y en iguales condiciones; a una concurrencia y conjugación de intereses.

Hasta aquí una serie de cuestiones de marco que tienen que ver con el tipo de conversaciones y discusiones que nos podemos dar y que nos *permitimos* dar. O sea, perdón por la insistencia, con el *poder* discutir y, eventualmente *discutir el poder*.

✚ ¿La escala de qué y qué de la escala?

En contraste con el sentido común, de la cartografía (y no olvidar que la cartografía, los mapas son instrumentos de y del poder) nos viene la posibilidad de pensar la escala como una cuestión que no tiene que ver con las cosas estrictamente sino con una **operación de representación**. Y esta dimensión de re- presentación esta presente en estas discusiones, cuando se dice “*perspectiva de escala*”. Se trata entonces de una modalidad que no tiene que ver con la objetividad de las cosas sino con una forma de mirarlas y de representarlas.

Que el tema de que la escala sea una cuestión de mirada-representación (y, en consecuencia, supone y exige la intervención de un observador) invita inmediatamente a recordar de qué manera - inmediata y a la vez oculta- la escala es una cuestión de poder: del poder de alguien. Dependiendo desde dónde uno mira, ve ciertas cosas y “mirando” o “pudiendo” mirar, puede controlar. Y para controlar, esta mirada debe, necesariamente, representarse aquello que controla, especialmente cuando quiere trascender lo inmediato, ampliarse, ir más allá, ir a escala (en el sentido que le otorga el uso común)².

² Aquí viene a cuenta la conocida cuestión del panóptico que, además de permitir una visión de cierto tipo, permite cierta escala de la visión, cierta simultaneidad de ver distintas cosas, ciertos patrones para reconocer situaciones que pasan.

Mirar para representar, y representar para ejercer el poder.

Este eje remite a la centralidad de preguntarse desde dónde miramos en tanto sujetos y organizaciones, en todo caso, qué se ve desde donde miramos, desde nuestro "aquí." Qué cosas permite ver el lugar desde donde se mira. Posicionamiento, altura, ángulo, distancia. Y qué cosas no permite ver el lugar. Qué se ve y qué no se ve desde el sitio donde estamos-nos posicionando. Depende desde donde uno mire hay una mirada u otra, y al mismo tiempo hay cierto ejercicio de poder.

Aquí, la idea de "lugar" no tiene que ver solo con el espacio y el espacio no tiene que ver solo con la geografía. Se trata no solo de lugar sino de posición: social, discursiva, ideológica, de relaciones de fuerza, "posiciones de sujeto" respecto a la estructura.

De lo que se trata y lo que importa, es la amplitud de la mirada, el modo de esa amplitud, la capacidad de representación que supone y el tipo de poder que permite ejercer esa representación.

(Representación para la) Orientación

Siguiendo la línea cartográfica, la escala tiene que ver no solo con la representación, sino también con la orientación. O sea, un mapa tiene que ver con cómo representamos – el territorio - y cómo se vincula eso, con la capacidad que tiene esa representación de orientarnos y de orientar a otros. Una representación común que pueda generar una orientación colectiva.

Escala y conflicto

Otro gran ausente del discurso y del vocabulario de muchas de las ONGs cuando se refieren al escalamiento es la cuestión del conflicto. Aparecen los "problemas," pero la cuestión del "conflicto" desaparece. Los problemas se abordan con gestión pero los conflictos, solo se asumen en tanto tales, con política. Entonces, ¿qué ganamos, qué encontramos si reponemos el conflicto en la discusión sobre la escala?

En torno a la idea de Articulación

La propuesta es aquí suplantar las ideas de crecimiento como ampliación por una centralidad de la idea de Articulación (articulación política) para imaginar, representar y orientar el crecimiento de los proyectos y la construcción.

Quisiéramos hacer un deslinde fundamental. Articulación no significa construcción de redes- aunque *puede incluir* construcción de redes. Aquí articulación se entiende como sinónimo de dinámica, acción y efecto de construcción de hegemonía, de poder. Articulación como nombre de la construcción de hegemonía, trae la riqueza de la acción y la reflexión político-ideológica a la cuestión de la escala, la sostenibilidad y la intervención de las organizaciones de la sociedad civil.

Si partimos de esta afirmación de que “los proyectos no crecen por ampliación sino que crecen por articulación”, es posible reingresar a la idea de “escalamiento”, un conjunto de interrogantes con nuevas resonancias.

Algunos ejemplos: Una impresión, cuando se analizan los textos de reflexiones sobre escala y, en general, gran parte de lo que circula en el mundo de las ONGs sobre estos temas, es la expectativa, el deseo o el mandato de que, mas allá de los cambios y transformaciones que un proyecto sufra, habría de conservarse o es necesario preservar el núcleo axiológico o valórico de los mismos. Si la vemos de cerca, esta expectativa (que de alguna manera es un deseo, una pretensión) no se condice con una mirada estrictamente política de la dinámica del escalamiento. Porque justamente si crecen por articulación, el núcleo axiológico no se preserva, sino que es puesto en discusión. Si se “preserva” es gestión, es como replicar sin conflicto, sin deliberación. Pero, si se pone en discusión, hay articulación allí donde el núcleo valórico, el núcleo axiológico, el núcleo duro, se abre al debate y se deja atravesar por la negociación y las relaciones de fuerza con otros actores.

La idea de que hay algo “intocable” que se conserva o se debe conservar, no convive muy bien con una idea de política democrática. Y a esto debería agregársele una mirada crítica sobre qué significa (en términos de reemplazo de la política por la moral) el hecho de que lo que se debería conservar al crecer, sean “los valores”.

Una pregunta de fondo aquí es: si la escala tiene que ver con una transformación y con una apuesta a ampliar las posibilidades de transformación, y al mismo tiempo es vista como “algo que ya está y que se amplía”, ¿dónde está, realmente, la transformación? Sobre todo si queremos pensar la transformación en términos políticos, necesitamos ver qué se pierde, qué realmente se trans-forma. Dicho al revés, qué se crea, qué irrumpe, que se discontinúa, que rebeldía se activa, no solo como trasgresión de lo dado, sino como “dar de nuevo”.

Por esta línea de reflexiones, nos encontramos con un conjunto de visiones fuertemente despolitizantes de la sociedad. Eliminación de todo aquello que justamente tiene que ver con la historicidad de los procesos.

Lo mismo reaparece cuando, además del eje en los valores, y la idea de que ese núcleo es lo que debe preservarse al escalar, se señala como fórmula, garantía de la escalabilidad, “el consenso de la comunidad”.

Hablando desde esta perspectiva, podríamos decir, con fuerza que, si vamos a trabajar en escala en términos políticos, no hay consenso, y estrictamente, no hay comunidad.

La idea de que la sociedad es una comunidad es una idea que se puede discutir largamente. Porque en el fondo está, otra vez, esta idea de que la sociedad es una gran familia, y la visión de la sociedad civil como extensión de “lo familiar. Naturalización de la misma y (como caballo de Troya) de la idea de mercado, por transposición de términos. Zigmunt Bauman ha desarrollado ampliamente esta cuestión sobre el paradójico “retorno” de la comunidad en su saga sobre la modernidad líquida. Desde otros flancos, tendencias despolitizantes que también aparecen cuando pensamos en la sociedad como una aldea global (slogan de la escala en los últimos años del siglo XX). La “aldea global” no es cualquier aldea: es la aldea victoriana, armónica. Una gran familia.

Algunos desafíos en torno a la articulación como dinámica de “escalamiento”

Primer desafío, tratar de separar la idea de articulación de la idea de construcción de redes. Quizás la palabra “escala” esté llamada a entrar en la misma secuencia. Construcción de redes ha sido de esas palabras que han sufrido inflación, se han emitido mucho y, por lo tanto, han dejado de valer lo que valían. Hay cierta fantasía ahí, cierta apología de y en la construcción de redes, que entiendo que muchos de nosotros, a partir de habernos encontrado con los límites serios que tiene eso, estamos revisando. Sobre todo porque muchos de nosotros nos encontramos con cientos de redes que, conectando...reproducen la fragmentación.

Uno podría hacer transposición de términos: ¿Qué pasa con nosotros que buscamos soluciones de gestión a problemas que son políticos? ¿Qué pasa que buscamos escalamientos por ampliación y redes, cuando el desafío que está es la articulación, o si buscamos en la sociedad civil y en la acción comunitaria lo que deberíamos quizá crear en el estado y en la lucha política?

Aquí el segundo desafío, que del lugar paradójico de las redes y la pertenencia por articulación, nos lleva a repensar muy críticamente la participación (ya que una de las miradas que hay sobre la escala y la sostenibilidad, esta asociada a la ampliación y desarrollo de la participación). Supongamos que cuando estamos hablando de ampliar la escala estamos hablando de aumentar la

escala de la participación. A mí me gusta decir siempre como titular en los encuentros de reflexión sobre participación, cuando me encuentro con entusiastas afirmaciones y demandas y diagnósticos que dicen: "hace falta más participación", me gusta recordar, con mas tristeza que ironía: nada más participativo que el neoliberalismo.

El problema no es la participación. El problema es qué consecuencias tiene la participación. Porque el neoliberalismo y más ampliamente la sociedad contemporánea tiene, de alguna manera, como clave, esa consigna que sugerentemente está atrás de las chapitas de coca-cola: "siga participando".

Nuestra idea de que la gente quiere o debe participar, o de que lo que debemos ofrecer es participación, es loable y tiene seguramente mucho que aportarnos. Pero hay que ver en qué medida la participación no reproduce la dominación. O, al revés, preguntarse muy exhaustivamente, que tipo de participación y que condiciones para la participación deben existir – en los sujetos, en el contexto y en los proyectos- para que ésta sea deseable.

Escala e ideología

Escalar, en algún punto, es dar escala a las prioridades y propuestas, Y esto implica poder hacer interrogantes a escala, que convoquen y movilicen.

La ideología con la cual sostenemos y desarrollamos nuestros proyectos y pretendemos escalarlos, ¿cuánta apertura tiene? ¿Cuánta capacidad de interpelación abierta? ¿Cuántas, cuáles ideologías combaten en ellos de manera fecunda, deseada, apropiada? Y la pregunta es: ¿estamos dispuestos A ASUMIR un tipo de proyectos donde el combate, la confrontación, el conflicto mismo no sea algo "exterior" que viene a traer desorden y descontrol, a romper la comunidad, sino que son señales y oportunidad de que los proyectos mismos sean *política*? La politicidad de una ideología tiene que ver con que asume cuál es el combate y qué no es la verdad, o que quiere ser verdad, pero a costa de una lucha. ¿Y acaso no sucede que en muchas de nuestras estrategias, modalidades de gestión, de pensar el mundo y de pensar las transformaciones, en un punto no estamos pensando una política sin espacio para los antagonismos? No hay acaso algo de eso en las apologías del tercer sector, la sociedad civil y las ongs que han intentado propuestas como la de la "tercera vía" de Giddens y Blair, o la que proponen algunos organismos internacionales, fundaciones y otras instituciones cuando apelan a la sociedad civil y sus iniciativas ciudadanas como camino de redención y reconciliación con una acción comunitaria "pura" "transparente" en oposición a la acción del Estado. Gran fantasía de la antipolítico: eliminar los antagonismos, presentar un esquema de la sociedad y de la historia que (se) cierre.

¿Dónde se inscribe entonces políticamente lo que hacemos? ¿Con quién confronta nuestra ideología? ¿Nuestra mirada ideológica no sigue manejando la suposición de que todos “podemos o debemos tirar para el mismo lado”, de que “todos podemos trabajar juntos”, que los problemas se solucionan por “mancomunióón”? Justamente por eso es mucho más habitual que se los nombre como problemas y no como conflictos. ¿No hay algo ahí que suena raro? ¿Qué significa y qué calla eso? ¿Qué implican para un proyecto social a escala, tópicos como, por ejemplo “los intereses del capital concentrado”? ¿Significan algo? ¿Qué estamos diciendo cuándo decimos “calidad de vida” y eliminamos o desplazamos la concentración de la riqueza de la agenda, reemplazándola, elegantemente por “generación de renta”? ¿Qué conflictos se nombran y qué conflictos se tapan?

Finamente, un señalamiento referido a la capacidad de manejo a escala de los saberes y el conocimiento. ¿Cuánta información somos capaces de procesar haciéndola significativa? ¿Cuánta variedad de saberes somos capaces de procesar? ¿Qué tan concientes somos de que los saberes, para sumarlos y para sintetizarlos, requieren de una articulación que, necesariamente, será un tipo de distorsión?

Tenemos entonces el desafío de traducir nuestros proyectos y los saberes que sostienen. Pero para eso, los proyectos deben estar dispuestos a negarse, a suspenderse o a no considerarse fundamentalmente como experiencia. Porque, de hecho, hay algo en el diseño de nuestros proyectos, que hace que solamente queden como “experiencias”. Cuando suponemos que lo que tenemos que hacer es compartir-ampliar-escalar las experiencias, nos encontramos con límites intrínsecos. Porque, por definición, una experiencia no se amplía. Para proyectar-escalar una experiencia es indispensable abandonarla como experiencia. Tenemos que poder ponerla a luchar, a disputar y en algún punto a perder (se) en el debate y la articulación. Porque la experiencia, por definición, no se comparte. Ella es, justamente, lo que queda como resto cuando ya se ha compartido todo lo que se puede compartir. Eso que queda es “mi” experiencia. De manera que en muchos proyectos entendidos, diseñados y vividos como “experiencia”, la posibilidad de escalar y de politizar, sencillamente, aborta.

Hay una especie de supuesto, en el ánimo de “pasar a escala”, que dice que, entonces, uno va a tener un proyecto propio más grande, que al ser más grande va a ser más político. Entonces, va a ser – se supone, se espera- igualmente propio, más grande y más político. El problema que encontramos es que, tratándose de “lo propio” y “lo político”, es que, por definición y por realidad, si algo es muy propio, necesariamente no será, no podrá ser muy político. Entonces, ¿de quién es el proyecto? Y en ese “de quién es”, reaparece la propiedad de ese proyecto.

Pesa mucho que ciertas organizaciones de la sociedad civil, están “formateadas” por cierta matriz de lo singular, lo particular y, también, lo privado. Hay un punto, en este sentido, donde la intención de “articular la sociedad civil y sus iniciativas” o “superar la fragmentación” no es más que una ilusión. Porque, por definición la sociedad civil no “está” fragmentada, la sociedad civil “es” la fragmentación.

La misma contradicción aparece cuando se piensa la posibilidad de preservar lo “ciudadano” al pasar a trabajar en escala, por oposición a lo que significaría perderlo a manos de “lo político” o “lo estatal”. Una versión de la ciudadanía “apolítica”, civista, que es perfectamente compatible con el pensamiento hegemónico de los últimos años.

Lo propio, en escala, en política, es siempre interrogado por una apertura, por un darse y un perderse también – y un encontrarse- en la creación de lo común.

No hay compartida sin partida. No hay mapa que sirva si no esta dispuesto a ajarse en el viaje. No hay viaje que pueda llamarse tal sin algo de tierra del camino. Sin desgarrar en la partida. Como dice el tango: *hay que saber sufrir* (porque hay un conocimiento y un saber en experimentar y compartir las asimetrías) *después amar* (porque también en eso hay un aprendizaje, no lineal, no “propio”) *saber partir y, al fin, andar sin pensamiento*. Andar sin pensamiento, sin “nuestros pensamientos, sin “pensamiento propio, sin nuestros pensamientos “(demasiado) apropiados”, acomodados a veces: andar sin pensamiento. Y así, tal vez, solo tal vez, respecto a la escala, la política o la sociedad, dejarnos encontrar por él.

Buenos Aires, 2007